

vidad en la regla. Francisco habia impedido con cuidado que estallase; pero, luego de muerto el Santo, Elías fue general, y se repitió la tentativa con buen resultado. Otro partido dirigido por san Antonio de Padua quiso, por el contrario, mantener la severidad primitiva. Antonio permaneció fiel al espíritu de san Francisco: para él la salvacion consistia en el absoluto desprecio del mundo; y cuando hallaba los hombres rebeldes á su palabra, se dirigia á los animales: murió en 1231. Padua le erigió una magnífica iglesia, segun las intenciones de Nicolás de Pisa, la que bajo mil respectos aventajó á la de Asis; y el sepulcro del Santo, adornado con todo el lujo de las artes, no es menos digno de admiracion que el de santo Domingo. Los dos partidos continuaron una lucha muy animada; elegido Elías dos veces general, otras tantas fue derribado, y murió en 1253. Los rigoristas empujados por su ardor llegaron á romper con el Papa, y se asociaron con Federico II, enemigo de la Iglesia. La reputacion de san Buenaventura procuró aun por algun tiempo, hasta despues de su muerte, la victoria á estos últimos. El antagonismo estalló de nuevo; los moderados tomaron el nombre de *Fratres de communitate*; los rigoristas el de *Zelatores* ó de *Spirituales*, y luego fueron mirados como sectarios. Los pontífices Gregorio IX, Inocencio IV y Nicolao III fueron decididamente opuestos á los rigoristas¹; este último, por su bula *Exiit*², interpretó la regla en sentido de indulgencia. El partido vencido se dejó llevar en sus escritos hasta atacar al Papa y á la Iglesia romana, oponiendo, como las sectas heréticas, la pobreza de los tiempos apostólicos á la pompa en que entonces nadaba la Iglesia. No temió profetizar un nuevo orden de cosas, haciendo en ello una particular alusion á una prediccion del calabrés Joaquin de Floris, muerto en 1202, sobre las tres edades del mundo, prediccion mas ámpliamente desarrollada por los dos franciscanos rigoristas, Gerardo en su *Introduccion al Evangelio eterno* (1254), y Juan de Oliva, muerto en 1297³. El favor que el santo papa Celestino V manifestó á los rigoristas pareció

¹ *Roderici Collectio nova privilegior. apost. Regularium mendicantium et non mendicantium*. Antv. 1623, in fol. p. 8 sq.

² Cf. *Wadding*. l. c. t. V, p. 73.

³ Cf. *Wadding*. l. c. t. V, p. 314, 338.

dar cima á la disputa. Este Pontífice los reunió á los Celestinos, pero, luego que su protector hubo abdicado, empezaron de nuevo la disputa; Bonifacio VIII los persiguió con vigor, y les obligó á disolverse en 1302¹.

§ CCL.

Otras Órdenes y Cofradías.

Las enérgicas exhortaciones de Bonifacio de Monaldo hicieron que en 1233 muchos ricos negociantes de Florencia renunciasen el mundo, se desprendiesen de sus bienes, abrazasen una vida mortificada en el monte Senatorio, y construyesen una iglesia y celdas, cuyos habitantes se consagraron de un modo particular en honrar los padecimientos de la santísima Virgen (*Servi B. M. V.; Servitae*). Alejandro IV confirmó la Orden de los *Servitas* en 1255; y Martino V fue su principal bienhechor. Esta Congregacion se aseguró una influencia permanente entregándose al estudio de las ciencias. El apasionado historiador del concilio de Trento, Pablo Sarpi, muerto en 1623, y el célebre arqueólogo Ferrari, muerto en 1626, fueron *Servitas*². En 1244 y 1245 Inocencio IV reunió muchos anacoretas bajo la regla de san Agustin³; Alejandro IV imitó este ejemplo en 1256, y los *Ermitaños Agustinos* obtuvieron los mismos privilegios que las Órdenes mendicantes.

Esta general tendencia á la vida interior, que no siempre se hablaba en el Clero secular, una idea errónea de la verdadera piedad, y el deseo de procurar un asilo á las viudas y á las jóvenes sin proteccion por las Cruzadas, hicieron que desde el siglo XI algunas piadosas cristianas formasen asociaciones religiosas y edificantes en los Países Bajos y en Alemania. Estas asociaciones eran un promedio entre el mundo y el claustro. Las asociadas, llamadas desde el siglo XII *Beguinas* (de *beghen*, ó *beten*, rogar), se dedicaban particularmente á las obras de caridad, y fueron un precioso recurso para el pueblo. Pero no tenian regla fija, y sus conciliábulos no tar-

¹ Cf. *Wadding*. ad ann. 1302, núm. 7, 8; ann. 1307, num 2 sq.

² Cf. *Pauli Florent*. Dialog. de orig. ord. Serv. (*Lamii Delic. eruditor. t. I*).

³ Bullar. Rom. t. I, p. 100. Cf. *Bolland*. mens. febr. t. II, p. 744.

daron en ser el teatro de muchos sueños fantásticos. Fueron perseguidas, y concluyeron por reunirse á la Orden tercera de san Francisco. Al lado de las Beguinas hubo tambien los *Beguardos*, compuestos de hombres jóvenes y hechos¹. Estos escogieron por patron á san Alejo, cuyo nombre tomaron; pero luego lo cambiaron con el de *Lollardos*, que significa *gente que canta en voz baja*, y que se les dió porque conducian los muertos á la sepultura cantando en voz baja con tono fúnebre. Igualmente se distinguieron por su industria y por los cuidados piadosos que prodigaban á los enfermos, indigentes y á la juventud; los soberanos y los grandes los acogieron y protegieron. Desgraciadamente los *Beguardos* imitaron tambien los errores de sus hermanas primogénitas, y como ellas cayeron en un panteísmo místico que degeneró en una verdadera herejía. (Véase arriba § 238).

Cuadro de la verdadera vida del claustro.

Después de haber visto las obras que las Órdenes religiosas, fieles al Espíritu de Dios, ensayaron y llevaron á cabo, no será sin un profundo sentimiento de respeto y de admiración que será leído el cuadro de un convento bien arreglado y de un verdadero religioso, trazado por un piadoso escritor que, para reconocer seriamente su vocación, habia examinado atentamente las costumbres de un monasterio y de sus habitantes². «Habitaba en Marmoutiers (*Majus Monasterium*) habia ya ocho meses, escribe Guiberto de Gemblours á Felipe, arzobispo de Colonia. No fui tratado en él como un huésped, sino como un fraile. En este lugar tranquilo no se ven odios, ni disputas, ni aspereza de palabras; el silencio sabiamente guardado lo evita. Una simple mirada del superior basta para hacer que se vuelva á su deber. Cada oficio está al cargo de un hombre de virtud á toda prueba. En ninguna parte hay mas piedad en los oficios, mas respeto en la celebracion de los sagrados misterios, ni mas afabilidad y afecto para con los huéspedes. En todas las cosas hallaréis la buena fe, la serenidad y deferencia; todo va con estricta medida. El fuerte lleva al débil,

¹ *Mosheim*, de Beghardis et Beguinabus, ed. *Martini*. Lips. 1790.

² Cf. *Hurter*, t. III, p. 599-601.

«el inferior respeta al superior, y este se ocupa de sus subordinados. El jefe y los miembros forman un solo y mismo cuerpo. «Cuando se trata de la eleccion de un abad, prepáranse á ello con «fervorosas rogativas; y, una vez hecha y proclamada la eleccion, «el elegido jura mantener inviolablemente la regla de la casa y «no tomar cosa alguna fuera del refectorio y de las horas de comer. Esta disposicion contribuye al bienestar temporal del monasterio. Cada dia el abad hace comer á sus lados tres pobres como representantes de Jesucristo. El que actualmente posee estas funciones, tiene todas las virtudes necesarias para dirigir una comunidad tan numerosa. En él la prudencia va acompañada de la dulzura. Entre los frailes nadie piensa en su nacimiento, en las dignidades y cargos de que antes gozaban en el mundo; porque todos son servidores de Cristo. Con los ayunos y vigiliass se doma completamente el cuerpo de sus pasiones y caprichos. La fuerza del leon impide al uno el que se deje conmover por la prosperidad ó por la desgracia; el otro se abalanza hácia el cielo como el águila, y todos asocian la prudencia de la serpiente á la mansedumbre de la paloma. En las cosas exteriores todo lleva el sello de una consumada sabiduría. Así en la iglesia como en el taller todo se hace con medida y en el tiempo oportuno; porque estos hombres admirables se hallan continuamente á la presencia de Dios; á la naturaleza se le concede lo que la es indispensable; lo restante del tiempo es dado al Señor. Al verlos, se diria que son un ejército, cuyas armas están en continuo servicio desde la punta del dia hasta la hora sexta. Vense como se prosternan hileras enteras de frailes ante los altares; apenas se ha concluido una misa cuando ya empieza otra. Es imposible calcular lo que distribuyen en limosnas en el convento, y el contar las almas que sacan del purgatorio por sus oraciones. Una parte del tiempo se destina á la lectura, y otra al canto. No se habla sino ciertos dias, y aun poco, y esto con la mira de suspender tan largo silencio é impedir las conversaciones secretas. Nadie come fuera del refectorio ó de la enfermería. Los huéspedes que no pertenecen á una Orden religiosa, son recogidos en un edificio separado. Mientras se come, la atención de los frailes se dirige mas bien á la lectura que á los alimentos que tienen á la vista.

«La mayor parte de lo que se sirve queda para los pobres. El dormitorio está siempre alumbrado; las camas, expuestas á la vista de todos, son duras y toscas. La lámpara, que arde de noche, indica que los habitantes de estos lugares quieren ser hijos de luz, y no de tinieblas. Por lo mismo el Señor ha derramado sobre ellos un torrente de bendiciones, porque, además de una magnífica iglesia y de riquezas de toda especie, el monasterio tiene aun fuera, y dependientes de él, doscientas celdas. Los numerosos y preciosos manuscritos, de que están llenos todos los estantes, son una prueba visible de las virtudes que se cultivan y que florecen en el convento, merced á los avisos, exhortaciones y sábias lecciones, que hábiles intérpretes de la palabra divina dan cada día, y sobre todo en las fiestas principales, á sus hermanos reunidos en capítulo para edificarse mutuamente. Oíalos animarse continuamente, consolarse y recordarse los unos á los otros los caminos del cielo. Á no haberme visto precisado á volver á mi casa, confieso que no me habria separado de ellos, tan bien se hallaba mi alma en su compañía. Pero, si en lo sucesivo mi cuerpo está lejos, mi espíritu permanecerá siempre en su compañía.»

Tal es la vida del claustro; por lo que toca al religioso, ahí va su retrato copiado del natural: «El fraile Roberto de San Mariano de Auxerre era muy versado en las ciencias, notable por su elocuencia, y ninguno de sus contemporáneos le aventajaba en conocimientos sobre la historia. Tan presente tenia la sagrada Escritura, que al momento podia resolver todas las cuestiones citando el texto. Tocante á esto su erudicion parecia maravillosa. En su persona habia no sé qué de gracia y de afectuosa bondad, que venia á ser como el reflejo de la pureza de su alma. Su probidad le hacia extraño á la desconfianza, que desechaba siempre con estas palabras de Séneca: *Solo la confianza puede hacer al hombre un verdadero amigo; ¡cuántos por el temor de ser engañados enseñan á los otros la astucia, y dan, en cierta manera, al mal el derecho de nacer, sospechándolo antes que exista!* Quería tanto Roberto la justicia, que aborrecia profundamente la iniquidad: siguiendo en esto las palabras del Sábio: *No se puede detestar demasiado lo que es despreciable.* Por el contrario, consagrado al pecador, cualesquiera que fue-

«sen sus crímenes, desplegaba una caridad admirable para levantarle, porque sabia que la misericordia es la compañera de una verdadera virtud, mientras que la dureza caracteriza la falsa. Manifestaba al penitente la mas pura compasion, y jamás era insensible á la desgracia ajena. Sus esfuerzos tendian á sostener la union de los espíritus por la paz interior; solo hacia la guerra á los que querian sembrar la discordia, convencido, segun la expresion del Sábio, que son odiosos al Señor. Era tambien sincero y firme en sus discursos, celoso por el servicio de Dios, moderado, económico, consejero prudente y sábio confesor. Entre tantas y tan brillantes virtudes, las que debemos apreciar é imitar mas, son su humildad y castidad, porque vivió como si no hubiese tenido cuerpo, y murió llevando su virginidad á la tumba.»

Pero si entre las instituciones humanas no hay una que en el curso de los siglos haya correspondido siempre y exactamente al ideal de la pureza, ni que, salvas raras excepciones, se haya completa y constantemente realizado, ¿por qué hemos de admirarnos si entre tantos millares de conventos, se han hallado muchos que contrasten con pena con el cuadro que acabamos de trazar, que cayeron en la ignorancia y groseria en medio del tumulto de la guerra, que en medio de las riquezas se adormecieron en la molicie, y cuyos religiosos, en vez de presentar la imágen de la humildad y de la concordia, se alzaron unos contra otros llenos de orgullo y ambicion, en vez de la castidad votada se degradaron con los mas vergonzosos vicios, y permitieron á los historiadores hostiles que tomasen por tipo de la vida claustral lo que era una mera y deplorable aberracion de la misma?